

CATALINA LEÓN PESANTEZ ■

LOS HORIZONTES DE LA RAZÓN: PODER, CULTURA Y MERCADO

Hoy, podríamos afirmar que se ha extremado o se ha llegado al límite de la secularización de la razón.

.../ Decir que la nueva racionalidad se organiza bajo el principio de que el consumo precede a la existencia. Por esta razón, es un modelo cultural totalizante, pero no exento de contradicciones.

La modernidad creó expectativas alrededor de la capacidad y de las posibilidades que el sujeto podía desarrollar en la historia, una vez que éste se había liberado de las ataduras divinas. Efectivamente, conquistada la libertad y la autonomía del sujeto; organizada la historia a partir de la absolutización de la razón; constituido el progreso como el telos de la historia; interiorizada la fe en la previsibilidad e infalibilidad de la ciencia; legitimada la razón como depositaria de la moral, de la ética y de la estética, y la verdad como representación de la realidad; culminada la utopía de la totalización de la historia en la razón; se construyó una imagen racional del mundo, una cultura secular y un sentido teleológico de la totalidad histórica.

Hoy, podríamos afirmar que se ha extremado o se ha llegado al límite de la secularización de la razón. Asistimos al paroxismo de la razón, cuyas manifestaciones están en el descenso de la idea de totalidad a la manera hegeliana, en la crisis de la idea de representación de la realidad con pretensiones de verdad, en la degradación de la naturaleza que el progreso ha ocasionado, en la desaparición de un conjunto de valores trascendentales, en la clausura del teleologismo de los macrorrelatos, en el fin de la neutralidad valorativa de la ciencia; y, finalmente en el ocaso del sujeto de la modernidad europea.

La razón desprendida de sus orígenes y de sus intenciones primigenias, devino en razón instrumental; los fines sociales de la modernidad se alejaron de las expectativas históricas y la experiencia de la modernidad radicalizada ha generado desencantamiento.

El sentido de las sociedades tardomodernas o postmodernas es el de desagregación. La disolución de los macrorrelatos implica también la disolución del sentido de totalidad y la exacerbación de los particularismos y relativismos.

El cambio, la renovación, la innovación, la aceleración, la velocidad, signos de nuestro tiempo, dificultan la aprehensión del sentido de totalidad histórica. La *astucia de la razón*, ya no puede jugar a identificar la dialéctica del concepto con la dialéctica de la realidad, ni al sacrificio de lo singular (supuestamente degradado y envilecido en las pasiones), en aras del triunfo de la razón. Tampoco la *totalidad concreta*, como síntesis de múltiples determinaciones puede asumir la representación de la *razón histórica*.

La aceleración de la modernidad en sus expresiones: científica, técnica, mediática, económica, sexual ha trastocado la concepción sobre la historia, la filosofía y los valores culturales. Parecería que está lejana aquella percepción que veía a la historia como el devenir racional de un telos siempre ascendente y cualitativamente progresivo. Pues, el vértigo de la velocidad libera al hecho de cualquier referencia real e histórica para ser lanzado hacia el hiperespacio y el ciberespacio de la información. No hay hecho que se sostenga en tiempo real, ni sentido que resista a su aceleración y velocidad, por ello no sin razón, se ha dicho que estamos ante la cultura de la "incertidumbre", o estamos expuestos al "apetito de riesgo".

Así, la idea de autoconciencia, de objetividad, de concordancia entre lo real y lo racional, de la verdad como representación, de la relación entre totalidad y revolución social,

DE AHÍ LA POSIBILIDAD DE UNA CULTURA QUE POTENCIE LA INTERCULTURALIDAD, COMO EL MEDIO IDÓNEO PARA UNA CRÍTICA CONSENSUADA EN UN MUNDO GLOBALIZADO.



de totalización como fin último de la historia; la ética al servicio de la visión planetaria; la posibilidad de definir la realidad, están fuera del horizonte gnoseológico de la postmodernidad.

En lo social la condición postmoderna es la de ruptura del "lazo social" y en consecuencia, la sociedad es vista como una colectividad compuesta de átomos individuales, en la que la relación social está en los juegos del lenguaje

Según esta percepción no hay totalidad como representación de lo real, bien porque es un imaginario lanzado al orden del deseo, bien porque se han clausurado los teleologismos de los macrorrelatos y, por lo tanto, rige la incertidumbre. No hay historia en el sentido moderno porque no hay telos que encauce los procesos sociales, ni razón que organice y ordene el mundo. No hay un presente que capture al pasado, ni presente que se manifieste como la dolorosa trascendencia hacia el futuro. No hay una razón como hipóstasis de la historia. Lo que hay es un presente autorreferencial que se consume en la inmediatez de la performance y del mercado, conducidos por sujetos cuyas habilidades son manejadas a su voluntad.

Indudablemente que la imagen postmoderna del mundo evidencia ciertas fracturas del discurso de la modernidad; pero, otros aspectos más bien manifiestan una secularización radical de la cultura que ella produjo. En este sentido, cabe preguntarse ¿qué aspectos de la modernidad están en crisis?

La dominación, la explotación, la hegemonía política y militar de las grandes potencias, la apropiación desigual de los recursos, la colonialidad del poder, el control del capital financiero, comercial y productivo, la explotación de la naturaleza, están vigentes.

Respecto al desarrollo de la ciencia y de la tecnología, aspectos constitutivos de la modernidad, no podemos decir explícitamente que estén en crisis, pues, se puede afirmar que hay una tensión entre ética, ciencia y vida; su eficacia y pragmatismo se inscriben en el horizonte de la racionalidad instrumental.



Pese a que los movimientos ambientalistas nos han alertado sobre el deterioro de la naturaleza; sin embargo, los procesos de apropiación, control y destrucción de ella no han disminuido, bajo la justificación del crecimiento sin límite.

En este sentido, tampoco parece estar en crisis la concepción moderna de desarrollo, de progreso, de modernización. Estos parámetros continúan siendo el "ideal" al que toda sociedad debe llegar. Hoy, este paradigma asiste a su radicalización en la sociedad del mercado global.

La crisis de la modernidad quizá está en otros ámbitos, en el sujeto céntrico de la modernidad; en ese sujeto que asumió la modernidad europea como el desarrollo máximo de las potencialidades de la humanidad, y a la cual toda sociedad debía llegar. *Universalizar* en el sentido de *occidentalizar* a todo aquel que no lo es, para convertirse en el punto de llegada o en el fin de la historia, bajo el supuesto de que ontológica, ética, filosófica, teológica y científicamente es superior a cualquier otra forma cultural.

Se ha argumentado desde el occidentalismo que la modernidad es esencialmente europea, esto es, su desarrollo es intrínseco a ella misma. En este sentido, el progreso, la ciencia, la tecnología, la civilización, la libertad, la democracia, la razón, son productos de un desarrollo immanente a Occidente, en cuyo proceso nada tienen que ver las otras culturas, por ser inferiores, convirtiéndose aquella en la cultura superior, modelo o paradigma de la Verdad Universal, argumento con el que se ha justificado el dominio de Occidente sobre el resto del mundo.

La perspectiva postmoderna ha evidenciado la crisis de este macrorrelato; sin embargo, todavía el discurso colonial acude a estos referentes. Modernización, racionalización, progreso, desarrollo, globalización, se han convertido en imágenes teleológicas de la historia.

Esto nos conduce a pensar en las miradas a la crisis de la modernidad. ¿Hasta dónde y cuál es el límite de esta crisis? El lugar de la enunciación difiere: Una es la experiencia del colonizado, siempre mirando a su No Ser como posible Ser; y, otra la del dominador que tiene en sí al Ser. Entonces, ¿qué significa hablar de crisis de la modernidad?

Posiblemente la crisis está en la identidad del sujeto; pues, estructuras identitarias como la de los estados nacionales, los paradigmas de las ciencias sociales, la cultura, la filosofía como modeladora del pensamiento, entre otros, fueron referentes obligados a los que el individuo moderno recurría en el devenir histórico. Actualmente, estas identidades están convulsionadas por la expansión acelerada del intercambio transnacional, es decir, por la sociedad globalizada.

Las críticas postmodernas a la concepción y prácticas de la ciencia y de la tecnología generadas por la modernidad, indudablemente, que han abierto otras posibilidades de recuperación del saber, se visualizan otros potenciales epistémicos y por lo tanto, posibilitan la ampliación del espectro de temas gnoseológicos, así como también permite que se rompa el encasillamiento del análisis social de clase y se mire a los movimientos sociales y a sus formas de acción política desde la identidad.

Cultura Global y Resistencia:

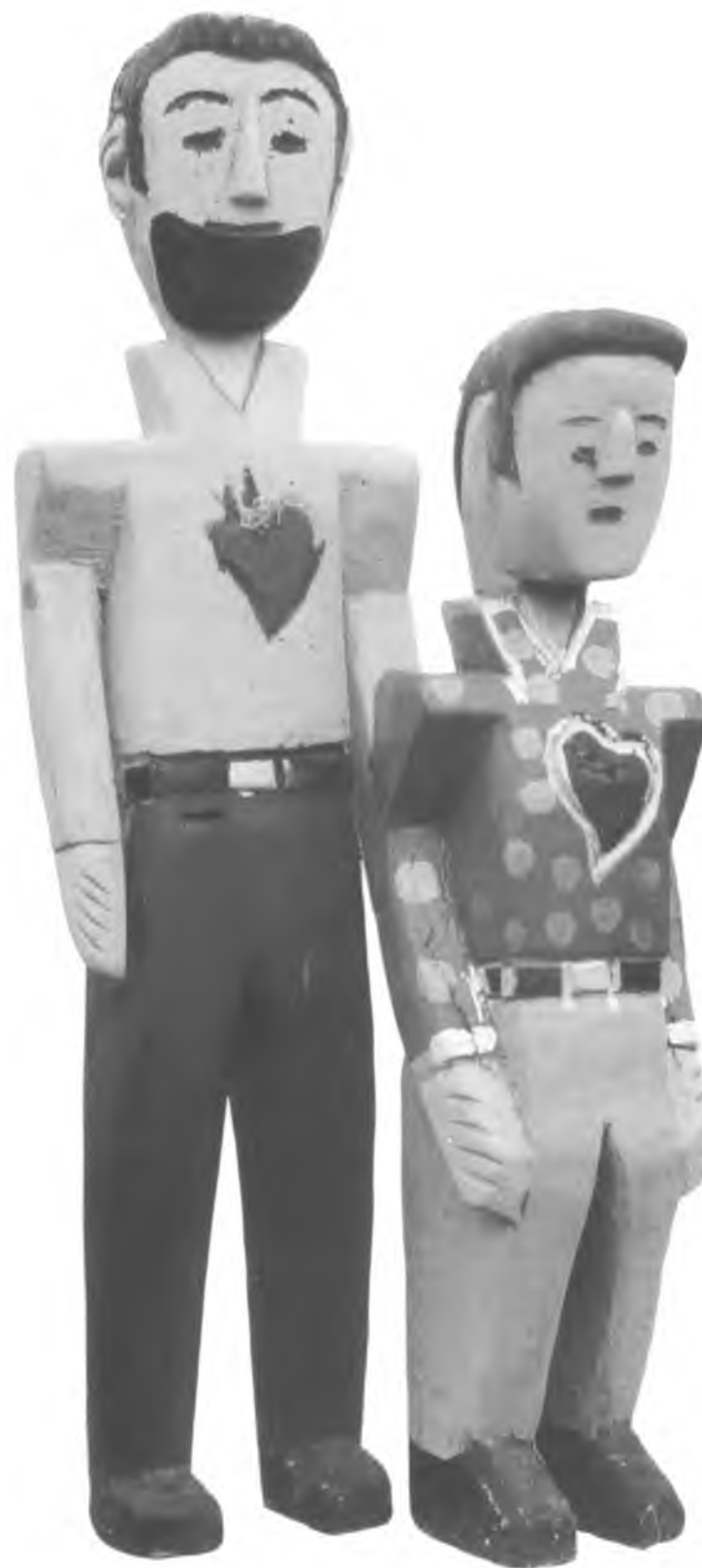
A pesar de la "muerte" de los macrorrelatos proclamada por la postmodernidad, hoy, percibimos diariamente cómo se va legitimando el discurso del gran relato del progreso universal que camina hacia la "inexorabilidad de la utopía del mercado global", basado en la idea de una sociedad de la abundancia y en el paradigma del crecimiento ilimitado.

Según esta narrativa, la vida está dirigida hacia la inserción en el mercado; para lo cual tenemos que *deshacernos* de los patrones culturales tradicionales que impiden su competitividad. En este sentido, el mercado ha construido otro tipo de relaciones, diferentes a las desarrolladas entre los estados nacionales. Algunos años atrás a la sociedad se la concebía dentro de los límites del estado-nación, pero en la actualidad con la intensificación del intercambio transnacional, las estructuras sociales se han complejizado, se han globalizado, generando la "cultura global".

Las conexiones mundiales se han transformado en interacciones transnacionales que van desde la globalización del sistema productivo y financiero, hasta la distribución de paquetes de información e imágenes, a través de las tecnologías de la información, y hasta la movilización masiva de trabajadores, migrantes, turistas, refugiados y exiliados.

La apertura e intensificación de las relaciones sociales han convulsionado las estructuras sociales y su representación conceptual. La lógica del mercado no sólo organiza la economía y la política de las sociedades. No estamos ante una economía de mercado, solamente; sino ante una estrategia de la racionalidad del mercado global que penetra en todos los ámbitos de la vida humana, sin mediación de la diversidad cultural.

La tensión permanente entre el ideal de la modernidad (de crear una cultura global) y la existencia de culturas locales que buscaban su especificidad y particularidad, aparentemente, con el ir y venir de mercancías, de trabajo y capital, ha traspasado las fronteras, posibilitando los isomorfismos, las fusiones entre culturas nacionales diferentes, respecto a la moda, cos-



tumbres alimentarias, hábitos, diversiones; y, sobre todo, lo que une es el consumo masivo de todo tipo de mercancías.

Sin embargo, para otros críticos, si bien es cierto que existe la tendencia a la homogenización cultural, ésta no nos lleva a una cultura global, porque la cultura se constituye y se define por la resistencia a la uniformidad. La crisis de los macrorrelatos, precisamente, permite que los particulares tomen la palabra desde su propia especificidad y singularidad.

El problema, en la actualidad, no está en cómo insertar una especificidad histórica en el movimiento universal de una cultura monotópica, sino en cómo insertar lo diverso, que asume el carácter de lo universal, en lo propio. El problema no está en fundamentar las culturas locales en función de la totalidad histórico – universal, porque se la ha relativizado y se ha descentrado la mirada eurocéntrica sobre el Otro.

La perspectiva actual nos ha lanzado a la dinámica de los “universales concretos” o “culturas globales plurales”, con potenciales encuentros; de ahí la posibilidad de una cultura que potencie la interculturalidad, como el medio idóneo para una crítica consensuada en un mundo globalizado.

Si otrora el sentido de la cultura estuvo registrada por el poder normativo de la razón; hoy, el poder normativo del hecho imprime su legitimidad a tal punto que ha llegado a naturalizarse bajo el supuesto de que el mundo es tal cual es. La naturalización de los hechos pretende la eternalización de las desigualdades del presente. Es en este contexto, en donde las identidades culturales, atravesadas por el género, la raza, la etnia, la clase, adquieren su especificidad cultural.

Es decir, el escenario del desarrollo de la cultura se ha desprendido de aquella visión que la concebía como el atributo que diferencia la naturaleza humana de la animal; así como también se ha relativizado la concepción que la mira como un valor que espiritualiza al ser humano, acercándola cada vez más al ideal de perfección y liberándola de las “ataduras” corporales.

El nuevo escenario en donde se desarrolla la cultura es el de las prácticas que posibilitan negociaciones de significa-





dos en relación al Poder; en este sentido, es un campo de lucha que manifiesta su carácter político y crítico. No se analizan los objetos culturales en sí, o las obras de arte en cuanto tales, sino las prácticas de su constitución; no interesa la "esencia" del objeto, sino cómo se constituye la obra en el proceso de producción, de circulación, y de interiorización de esos objetos.

En la sociedad global, las prácticas son las que "construyen políticamente las subjetividades", lo que implica una crítica a la utopía de la modernidad que creía en la cultura como un campo del saber desligado de lo práctico, y asumía la idea de un sujeto atormentado por una subjetividad que debía producir una obra artística única, singular y exclusiva; ahora son los perfiles del mercado los que, paradójicamente, permiten la resistencia y la crítica culturales.

Quizá, hay un desplazamiento del horizonte tradicional de la subjetividad asentada en la capacidad y posibilidades de la "conciencia" como fuente de resolución de la cultura, hacia un horizonte en donde el sujeto está aprisionado a su constitución político-práctica. La subjetividad no se resuelve, ni se expresa en ella misma, sino en aquella. La práctica como una estructura fundante de la subjetividad es el horizonte de esta otra concepción de cultura.

Hoy, el sentido de totalidad histórica está en reversa: se organiza para el control de todas las esferas sociales e individuales, pero el ejercicio del poder y sobre todo, el nuevo sentido está en diseñar un nuevo modelo de vida que establezca una *forma de ser*, que no es otra que la del ciudadano que consume, ya que la subjetividad ya no es ni valorativa, ni referencial, sino una subjetividad inmersa en la práctica del mercado. Podríamos decir que la nueva racionalidad se organiza bajo el principio de que el consumo precede a la existencia. Por esta razón, es un modelo cultural totalizante, pero no exento de contradicciones.

La razón se manifiesta impedida de ir más allá: hacia la especulación o hacia la construcción de las utopías sociales; está exigida a diseñar y construir una constitucionalidad como el horizonte de despliegue del nuevo orden mundial del capital; está restringida a modelar la constitución mundial del capital. Se trata de una razón constitucional y

constitucionalizada para liberar el movimiento del capital y de sus agentes.

La razón está transitando en los caminos jurídicos de la razón productiva e instrumental, allí arma y desarma mitos (el mito de la espontaneidad del mercado, el mito de la reducción del Estado en la sociedad global, por ejemplo); fantasea con el deseo de los otros; juega con el poder constituido y constituyente; diseña la distribución de poder y modos de vida. Se trata de una racionalidad que imprime un sentido de totalidad centrada en la idea de naturalizar la sociedad de mercado.

La tarea del pensamiento crítico y de la cultura es precisamente desmontar la naturalización del orden vigente, deconstruir el orden constitucional omniabarcable de la racionalidad del mercado total, explicitar otras formas de saberes que la racionalidad científica los oculta y plantear nuevas alternativas interculturales.

Indudablemente que el "espíritu" de nuestro tiempo es la incertidumbre valorativa, y si es que algún referente existe, lo es el del mercado; sin embargo, la búsqueda de alternativas no está clausurada, ni se afirma en el individualismo posesivo que pretende poblar los intersticios de la modernidad estallada con sentidos inmediatistas y pragmáticos.

La tarea del pensamiento crítico está en reinventar un sujeto con la fuerza suficiente para desarmar la retórica de la postmodernidad; un sujeto crítico que desarticule la racionalidad del mercado global, y que sea capaz de visualizar otros lugares del conocimiento y otras potencialidades epistémicas, como alternativas al sentido totalizador de la sociedad del mercado global. Un sujeto que tome la vida, el conocimiento y el diálogo intercultural como momentos de una reflexión crítica para enfrentar esta situación de "desnaturalización" postcivilitaria que está destruyendo al ser humano y a su entorno ecológico.

CATALINA LEÓN PESÁNTEZ. Licenciada en Filosofía, Universidad de Cuenca; Magister en Estudios Latinoamericanos, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, Quito; Profesora Principal de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Cuenca. e-mail: cleon@ucuenca.edu.ec